

Sin embargo de todo, no he conseguido estrenar esta obra ¿Por qué?

Alguien me asegura que es una obra de estudio, de cuidado... que no tiene la defensa de los falsos recursos teatrales...

¿Será eso? ¿Quizás no se han atrevido con ella la Guerrero y Mendoza?

«El papel de José —me ha dicho algún actor, con miedo y considerándolo muy difícil— es un papel de caras...»

«¡El papel de José!... ¡el papel de Santa!...—me decía en otra ocasión un señor muy aficionado á cosas de teatro —son papeles para grandes artistas, para artistas á la moderna: á lo Duse!... á lo Zaconi!

VICENTE MEDINA.

Parte primera

JOSÉ.

En la casa del tío Antón.

I

La tía Josefa, Antonia, Dolores y el tío Antón.

Como en casi todas las casas de la vega de Murcia, en ésta, de huertanos humildes, es el interior fresco, alegre y simpático. Tiene dos cuerpos, divididos por una pared maestra con arco al centro; colgado sobre el arco, resplandece el cobre: cazo, perol, almirez, velón, chocolatera...

En el primer cuerpo, según entramos, y á la derecha, da una nota limpia el típico tinajero con sus grandes tinajas encarnadas y relucientes, empotradas en el suelo y rodeadas de un poyete de manises blancos y azules, sobre los que se destacan los anchos lebrillos verdes, reservados á la matanza. Las tinajas tie-

nen puesto su blanquísimo cubre tapador; del jarrero pende la cetra, bruñida con arena bruja, limón y ceniza; y por encima del jarrero, corren dos lejas llenas de vidriado y cristal. Junto al tinajero está el cantarero de madera con sus hermosos cuatro cántaros; y arrimado á éste, descansa boca abajo, en el suelo, el ya lañado y viejo cocio de las coladas.

En el segundo cuerpo, todo á un extremo, á la derecha también, está el hogar con su hogaril negro y su gran chimenea, recargada de ollas y cazuelas de barro basto; cerca del hogar, el poyo y la puertecita del cuarto, baja y estrecha.

Al otro extremo, á la izquierda, se encuentra la espaciosa puerta del corral, partida, con montante ó postigo alto, abierto, por el que entra la luz; la puerta de la despensa, y la de la cámara con su gatera y sus cuatro escalones de obra de yeso. Al lado de la despensa, la arlesía sobre su pié, con sus avios de cerne-ras, cedazo, maseras, rasera y escobica.

Amén de todo esto, hay en medio de la casa, unas devanaderas de caña, con una madeja de lana oscura y un ovillo á medio hacer, colocado encima; próximo al poyo, un velador ó candelero grande de madera para colgar los candiles; uno de éstos cuelga de él; otro, de la leja de la chimenea.

Hay también, repartidas, hasta ocho ó diez sillas de morera con asiento de sogá, dos de ellas bajitas; y por el lado de la puerta del corral y al pié de la escalera, algunos aperos de labranza: legón, arado, azadón, tablacho, horquillas, palas, media hanega, sarrias, capazos...

Y rematando el conjunto pintoresco, alguna rastra de cebollas ó de panochas pajizas, que suspendidas de los revoltos asoman á la subida de la cámara; el rojo vivo de los pimientos, colgados en el quicio blanco de la puerta del corral, y el perenne primavera paisaje de la huerta fértil, viéndose por la puerta de entrada, abierta de par en par al fondo, con una soberbia puesta de un sol de rojas incendiadas nubes...

En esta casa y á la caída de la tarde, la tía Josefa, mujer de unos sesenta años, tostada por el sol y ya con todo el pelo blanco, escoge unas alubias, sentada ante una mesita, frente á la puerta del corral.

Con la tía Josefa están Antonia y Dolores, las cuales no manifiestan más allá de los veinte años. Antonia gasta refajo á ruedas, azul, blanco y rosa, y armilla de zaraza; calza alpargates de cara estrecha y lleva al cuello pañuelo pío arrodado, y á la cabeza, pañuelo de seda blanco con cenefa azul, puesto á lo curra. Dolores usa, falda y armilla de zaraza de color claro, delantal obscuro, pañuelo anaranjado, al cuello, y alpargates.

El vestir de las dos mozas, de colores vivos y claros, contrasta con la nota obscura del traje de la tía Josefa: refajo negro y café, armilla negra, pañuelo del cuello, azul y negro, delantal verdinegro, medias negras pardas y alpargates de cara estrecha.

Ni Antonia, ni Dolores, usan medias:

un pié limpio, lavado como las chinas del río, muestra incitante por debajo del rubicorto vestido, su carne voluptuosa...

Antonia, en actitud de coger una silla, parece que acaba de llegar; Dolores, con una crecentera, y puesta en jarras con una mano en la cintura, está como dispuesta á marcharse...

ANTONIA

—Pos en tóicas partes se oye lo mismo.

LA TÍA JOSEFA

(Pensativa.)—Petera de la gente de alantarse y de aumentar las cosas.

DOLORES

—¡Vaya usté á ponerle puertas al campo!...

(El tío Antón, que llega en esto, se detiene en la puerta de entrada mirando el horizonte: aparenta unos sesenta años, parece inteligente, hombre de rigor; viste traje obscuro de chaqueta, faja negra, sombrero ancho huertano, al-

pargates de cara estrecha y manía de muésira.)

ANTONIA

—Y tiempo me ha faltao pa venir en cuanti que lo he sabío. Sí, señora: á darle mi enhorabuena á Santa, porque me alegro de tó corazón. Se merece eso y más; no digo un Mayorajo... ¡un príncipe que fuera!

EL TÍO ANTÓN

(Preocupado, entrando lentamente en la casa. Viene haciendo lia: la manta al hombro, el manajo de esparto debajo del brazo izquierdo, la lia colgada también en el mismo brazo.)—La mesma puesta de sol que ayer; mañana aire lo mesmo que hoy, y la tierra secándose más cá día...

ANTONIA

(Alegremente.)—¡Hola, tío Antón!

EL TÍO ANTÓN

—¡Hola, Antoñica!

LA TÍA JOSEFA

(Al tío Antón.)—¿Qué decías al entrar?

EL TÍO ANTÓN

—Que no llueve... ni va á llover nunca, por las señales que se presentan... ¡y si hasta la tierra se endurece!...

LA TÍA JOSEFA

(Resignada, levantándose, echando las alubias en una cazuela que hay sobre la mesa y retirando ésta á un lado del hogar.)—Hay que tener fé en Dios: verás cómo se apiada de los pobres y llueve á tiempo pa sembrar en el campo.

DOLORES

(A la tía Josefa, ingenua y candorosamente.)—Dice usté bien: tós los años pasa lo mesmico y, en su día, verdean los simenteros.

ANTONIA

—Vaya que sí!

LA TÍA JOSEFA

(*Al tío Antón, que queda ensimismado.*)—Anda, no caviles más: vamos á por las panochas, antes que se haga más escuro, que están en los zarzosavía.

ANTONIA

(*Servicialmente.*)—Yo iré, tía Josefa; deje usted al tío Antón, que vendrá cansao.

EL TÍO ANTON

—No le vale esa razón á un pobre pa no trabajar... pero, bueno, Dios te lo pague.

(*La tía Josefa toma un capazo, de dos vacíos que hay al pié de la escalera, y sale de la casa seguida de Antonia.*)

II

Dolores y el tío Antón.

EL TÍO ANTÓN

(*Dejando la manta sobre el respaldo de una silla, sentándose y continuando haciendo lia.*)—¿No te sientas, Dolores?

DOLORES

—Ahora no, señor; pero, en cuantico que lleve esta creciente á mi casa, (*mostrando la crecentera*) vendré á pasar un ratico de la velá, como de costumbre.

EL TÍO ANTÓN

—Lo que tú quieras, mujer.

DOLORES

—Mi padre me está siempre con la mesma cantamusa: que páesco gallina sin nial, que no echará el camino yer-

ba, que fuera de mi casa náica se me ha perdío... ¡pero yo, erre que erre! Ya ve usté, en mi casa es morirse, de estar tan sola. Mi abuelica se sienta en la cocina, y á dormir; mi padre se lía en la manta, y lo mesmo; mi hermano, llega del trabajo, cena á escape, y á rondar hasta las tantas de la noche. ¡Claro!... yo, sin náide con quien hablar, me canso de tó, me entra sueño, se me comienza á abrir la boca y, al fin y al remate, no me quea otro camino que irme á la cama.

EL TÍO ANTON

—Tú ven cuando quieras.

DOLORES

—Si no salgo de aquí, tío Antón!

EL TÍO ANTÓN

—Tu padre es muy gruñón y muy casasola. Ahora, en cenando, tengo que ir á pedirle pa mañana la tanda del riego... me hace falta y él me páece que no la necesita.

DOLORES

—Vaya usté. Puede que no.

EL TÍO ANTÓN

—Casi seguro; el agua pasa por vuestros bancales de panizo, y ya hace bastantes días que está pa cogerlo... ¡no sé en qué pensais!

DOLORES

—Como es poco y malo... Mi padre está encangrenao con él y no quiere ni que se lo mienten, siquiera.

EL TÍO ANTÓN

—La verdá es que daba gusto verlo de verde y espumao... y después, se ha puesto de pajizo y robinejo, que dá compasión.

DOLORES

—La culpa de ello ha sío la de casi toas las cosas: la falta de dinero. (*El tío Antón mueve apesadumbrado la cabeza.*) Tenía mi padre, justicamente, los cuar-

tos pal rento; pero pensaba retrasarse un poco en el pago y comprar unas cuantas cargas de estiércol pa echárselo á los bancales. Lo que él decía: «Así espumará el panizo y, cuando coja la cosecha, que será buena, pagaré el rento sin apuro alguno.» Pero como á tó el que es pobre le salen las cuentas mal, vino el Mayorajo... y la de tós los amos de las tierras: que no podía esperar, que le hacían falta los cuartos, que tós los arrendadores querían lo mismo... y que no podía ser: ¡que dentro ó fuera! Y no hubo más. Dimos hasta el último chavo, y el panizo se queó sin estiércol, y así se puso de robinejo y pajizo, y así va á ser la cosecha.

EL TÍO ANTÓN

—No podía ser otra cosa: al Mayorajo le hacían falta los cuartos pa seguir su vida descansá... pa derrocharlos en francachelas y lujos, entanimientras que la tierra, esmedrá por el rento, le niega el pan al pobre que la ha regao con el sudor de su frente! Renegaré de estas

cosas toa mi vida... toa mi vida! (*Se levanta excitado.*)

DOLORES

(*Con humilde conformidad.*)—Pero si el mundo ya está así ¿qué vamos a hacer, tío Antón?

EL TÍO ANTÓN

—Yo, na, porque ya soy viejo y pronto me llevará la que no distingue de clases ni de categorías... (*Despechado, de su impotencia.*) ¡He nacido demasiao pronto pa mi manera de pensar! Pero otros vienen á la zaga, que se encargarán de apañarlo.

DOLORES

—Esto no tiene apaño; el pobre aguantaré siempre tó lo que sea menester, y toa la vida será verdá aquello de que «el burro que más trabaja, más rota lleva la albarda.»

EL TÍO ANTÓN

—No te lo pienses: tó lo harán los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fado. 1825 MONTERREY, MEXICO

hombres, con el tiempo. Cuando yo era zagal, las lomas de la Arboleja estaban erizadas de peñascos, y allí no agarraba ni un grano de trigo, ni la estaca de una higuera. ¿Y qué? Pues la picola y el arao rajaron las peñas y removieron el suelo, y las ceñas y ñoras subieron el agua hasta ande náide se pensaba. Hasta ande náide se pensaba, sí! Y aquellos sitios, que metían miedo de solos y desamparaos, hoy están cuajaos de naranjos y limoneros; gloria se respira allí en el aire, siempre cargao del olor de los azadares, y mia tú: aunque páece cosa de milagro ¡es na más que obra de los hombres, aquella maravilla de la huerta!

DOLORES

—Eso sí que es verdá!

EL TIO ANTÓN

—Pues lo mesmo ha de pasar con tó: el tiempo y los hombres pondrán cá cosa en su lugar. ¡Ah, si no fuera por esa esperanza!...

DOLORES

—Hay que tener pacencia, tío Antón.

EL TÍO ANTÓN

—Pacencia!... Tengo mis razones pa renegar á ratos, Doloricas... mis razones, que son las mesmas que le hacen renegar y maldecir á tu padre, ca ves que le mientan el panizo.

(Pausa. Vuelven la tía Josefa y Antonia, trayendo entre las dos el capazo medio lleno de panochas; lo dejan al pié de la escalera.)

DOLORES

—¿Te queas, Antonia? *(Marchándose.)*

ANTONIA

—Me aguardaré un poquico, á ver si viene Santa.

DOLORES

—Entonces, hasta ahora mesmo.

LA TÍA JOSEFA

(*Contestando á Dolores, que ya se marcha.*)—Anda con Dios.

EL TÍO ANTÓN

(*A Antonia, aproximándose al capazo de panochas y examinándolas.*)—¿Hay más tavía?

ANTONIA

—Por mucho, mucho, como medio capazo.

EL TÍO ANTÓN

(*Dejando la lía y el esparto sobre la escalera.*)—Yo iré á traer lo que sea, que algo me ha de tocar. (*Coge el otro capazo vacío y sale por el fondo.*)

III

La tía Josefa y Antonia.

(*Se sientan en sillitas bajas, una frente á otra.*)

ANTONIA

—Pues sí, señora; así corre: que su propia hija de usté, la mesma Santa en persona, se casará muy pronto con el Mayorajo. De tal manera lo aseguran, que dicen que con breve y tó se está arreglando la boda.

LA TÍA JOSEFA

—No, hija mía; no tanto, ni mucho menos! El Mayorajo es el amo de esta hacienda y nosotros unos humildes arrendaores; pero, por lo mesmo, se ha de menester que tó venga por sus pasos contaos. Por la cabal razón de ser nosotros unos pobres y él un rico, no he-

mos de consentir que náide piense que el Mayorajo va á burlarse de mi Santa, ni, tampoco, que vamos á hacer con mi hija, así como una venta.

ANTONIA

—Tia Josefa, si por las palabras de él se ha de tomar guía, no hay motivo pa pensar na malo, y sí mucho y bueno.

LA TIA JOSEFA

(*Como dudando.*)—¿Mucho y bueno?

ANTONIA

—Vaya! Ahora mesmico, sin ir más lejos, lo he visto, en cal tío Ramón el Animero, hablando de lo que habla ande quiera que está: de que se casa con Santa. Dice que no la trocaría por una reina. Por cierto que, cuando más entusiasmao se hallaba, la envidiosa de María Jesús ha saltao: «Andrés, á ver si te tenemos luégo que decir: tu gozo en un pozo. Ten por entendío que, desde hace mucho tiempo, Santa no está ni más ni menos que por José, y José, ni

más ni menos que por Santa.» Claro! á eso, se ha puesto el Mayorajo un poquico amoscao y le ha respondío á María Jesús: «Pues á mí que no me vengan con esas... Yo voy ahora mesmo cal tío Antón, y digo las cosas claras, pa quear dentro ó fuera... Y si me hicieran ese desprecio... puede que á alguno le pesara!»

LA TIA JOSEFA

(*Con tristeza y ánimo decaído.*)—Con esto de que es el amo de las tierras, y que le debemos ya cerca de dos años de rento, de no hacer su gusto, puede que se vengara, dejándonos en la calle y en cueros vivos.

ANTONIA

(*Dando importancia á la cosa.*)—Ni que pensarse tiene; si se le hiciera un desprecio... En siendo por una ojeriza, el Mayorajo es capás de tó... y en siendo decirle «por aquí no pasas»... ni que su padre, que viviera, se le pusiera delante... pasaría por encima!

LA TIA JOSEFA

—Ya lo sé.

ANTONIA

—Sí, señora. Y verá usted como viene; en diciendo él una cosa...

LA TIA JOSEFA

—Puede venir cuando le dé la gana, que en mi casa, gracias á Dios, no hay ná que tapar.

ANTONIA

—Eso, demasiao lo sabrá él, como tó el partío; mil veces habrá sentío decir que á Santa le pega el nombre. Y... lo que yo le he dicho: no tiene ná de particular que Santa y José se quieran; pero como hermanos, por el roce de haberse eriao juntos... y en tó caso, lo más, lo más, pueden haber sío sus relaciones, cuatro tonterías de zagales, como las que tós hemos tenío.

LA TIA JOSEFA

—Na más, hija... aunque también pueden llevar por dentro su sentir.

ANTONIA

—A mí me páece que no; José lo hubiera manifestao claramente, siendo, como es, tan franco y tan bueno.

LA TÍA JOSEFA

—Bueno y trabajaor hasta dejárselo de sobra. Si no fuera por él ¿ande estaríamos ya? El lleva tó el navego de las tierras y no tiene minuto de descanso. ¡Daría la vida por nosotros!

ANTONIA

(Levantándose.) —No lo sabe usted muy bien; hay que sentirlo hablar. *(Lleva la silla al sitio donde la cogió.)*

LA TIA JOSEFA

(Haciendo lo propio.) —¿Es que te marchas?

ANTONIA

—Sí, señora; se me va á hacer tarde. Dígale usted á Santa que ya volveré á darle mi enhorabuena.

LA TIA JOSEFA

—Anda descuidá.

(El tío Antón entra con el capazo medio lleno de panochas, yendo á dejarlo junto al otro, al pié de la escalera.)

ANTONIA

(Yéndose.)—Hasta mañana.

EL TIO ANTÓN

—Adios.

IV

La tía Josefa y el tío Antón.

(La tía Josefa, coloca en un vasar la cazuela que dejó sobre la mesa, y aviva la lumbre del hogar, donde, sobre unas trévedes, habrá colocada una sartén, tapada con un plato de pié. El mango de la sartén, descansa en una escalerilla de las que se usan al efecto. El tío Antón coge la lía y el esparto, y continúa su tarea, sentado en donde antes estaba.)

LA TIA JOSEFA

—*(Al tío Antón.)*—¿Ves lo que yo te decía?

EL TIO ANTÓN

—¿Qué decías?

LA TÍA JOSEFA

—Que no falta quien se recela, lo mesmo que nosotros, que Santa y José se quieren.

EL TIO ANTON

—Pues hay que dejarlos á su inclinación. Se les habla claro... y al pan, pan... y al vino, vino.

LA TIA JOSEFA

—Y si tó es pura figuración... y Santa y José no se quieren más que como hermanos...

EL TÍO ANTÓN

—Entonces ella, si le páece bien, puede decirle que sí al Mayorajo... Dé toas

maneras, ni él es santo de mi devoción ni jamás ha de serlo. ¿Quién es el Mayorajo al fin y al remate? El hombre que ha vivió con nuestro trabajo y con el de otros pobres; el hombre que nos tratará sin compasión alguna en cuanti que le llevemos la contraria y no hagamos su santa voluntad. ¡Si no fuera por los calentamientos de cabeza que tiene por Santa, ande estaríamos á estas horas? ¡Pobres de nosotros! ¡Mil veces nos hubiera echao dé este piazo de suelo, que está lleno de vida porque le hemos dao toa la nuestra!

V

La tía Josefa, el tío Antón, Santa, Moza 1.^a
y Moza 2.^a

(Santa, acompañada de otras dos mozas, aparece á la puerta de la casa; cada una trae su cántaro de agua á la cabeza y, á la mano, alguna cantarita ó jarra.

Santa viste refajo encarnado con es-

tampados negros, armilla negra, pañuelo de crespón color hueso, delantal y alpargaticos. No manifiesta más de veinte años, así como las dos mozas que la acompañan, las cuales visten por el estilo de Antonia y Dolores.

El tío Antón y la tía Josefa hablan en voz baja y medio atienden la charla de las mozas.)

MOZA 1.^a

(Como si ya se marchase.)—Condiós, zagalica! (A Santa.)

MOZA 2.^a

(En el mismo sentido.)—Condiós, mujer!

SANTA

(Con marcadas señales de preocupación, entrando en la casa.)—Andar con Dios!

MOZA 1.^a

(Llamando.)—Oye, Santa.—(Santa se

detiene y vuelve la cabeza atendiéndola.)
Y te vuelvo á dar la enhorabuena.

MOZA 2.^a

—Y que no estés triste, Santica, que la cosa es pa tó lo contrario,

SANTA

(Con gran tristeza que, en vano, trata de ocultar.)—No estoy triste; es que me duele mucho la cabeza.

MOZA 2.^a

—Algunas quisieran tener ese dolorcico.

SANTA

—Vaya un gusto de estar mala!

MOZA 1.^a

—Vaya un mal!

MOZA 2.^a

—Puede que algunas estén malas de verdá... de no tenerlo.

SANTA

—Tó lo tomáis á chanza.

MOZA 1.^a

(Riendo alegremente y marchándose.)
—Condiós!

MOZA 2.^a

(Lo mismo.)—Y que te alivies!

SANTA

—Condiós!

VI

La tia Josefa, el tío Antón y Santa.

SANTA

(Con enojo que á penas puede reprimir, y colocando el cántaro en el cantare-ro.)—Toa la huerta está llena de lo mesmo; de que me caso con el Mayorajo en seguía.

EL TÍO ANTÓN

(*Mirando á Santa fijamente.*)—Páece que te incomoda que lo digan.

SANTA

(*Queriendo disimular.*) No es que me incomode... pero como aumentan tanto las cosas y cá uno ha de decir la suya...

LA TIA JOSEFA

—Pues qué dicen?

SANTA

—Ná; pero que me dá rabia: la una... «¡Vamos, que no lo despreciarás!...» La otra... «¡Hija, qué suerte!» Después otra: «Me páece que se le arrejunta tó: buen mozo y rico...» y otra: «Ahora no le arrepresarán á tu padre con el rento.»

EL TÍO ANTÓN

—Eso, también?!...

SANTA

—También.

LA TIA JOSEFA

—Desocupás!

VII

La tia Josefa, el tío Antón, Santa y Dolores.

(*La tia Josefa enciende los candiles: Santa se sienta á coser junto al velador, habiendo traído, de encima del poyo, una pequeña costura y una almohadilla. Ha anochecido; por la abierta puerta de entrada, se ve obscuro. Vuelve Dolores.*)

DOLORES

(*Entrando.*)—Vaya, aquí estoy yo otra vez; me páece que no he tardao. ¿Se ha cenao ya?

EL TÍO ANTÓN

—No; en cuanti que venga José.

DOLORES

—¿Es que tavía no ha venfo?

32861

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL TÍO ANTON

—Tavía no; se ha empeñado en matarse á fuerza de trabajar... y lo va á conseguir!

(Dolores se sienta junto á Santa, hablándole en voz baja, risueña y cariñosamente.)

LA TIA JOSEFA

—Vendrá estroceao y con la lengua por el suelo, como siempre.

EL TÍO ANTÓN

(Mal humorado.)—Matarse pa que otros vivan! *(Luégo á la tía Josefa, levantándose y dejando sobre la silla la sogá y el esparto.)*—Trae un candil y me alumbrarás. Vamos por un poco de panizo pa que se lo lleve el del molino.

LA TÍA JOSEFA

(Cogiendo el candil que está colgado en la campana de la chimenea.)—¿Sabe que tiene que venir?

EL TÍO ANTÓN

—Sí, ya lo sabe. *(Entre sí, reniega otra vez.)*—¡Matarse pa que otros vivan!... eso! ¡matarse pa que otros vivan! *(Subiendo lentamente á la cámara; la tía Josefa delante, alumbrando.)*

VIII

Santa y Dolores.

(Siguen sentadas.)

DOLORES

—El esperfollo de ese panizo que van á bajar, no fué de tanta alegría como el del año pasao. ¿Te acuerdas?

SANTA

(Con deleite y profunda tristeza.)

—¡Si me acuerdo!...

DOLORES

—Más alegre que ahora estabas en-

tonces. No se me olvida, que sacó José una panocha colorá... y ya iba á dejarla á escondías, en el montón, tan encortao como siempre, cuando tós lo vimos y nos pusimos á gritar: «Eso no vale; que abrace á la moza que él más quiera.» Y él se avergonzó... Pero tanto le rogamos, que se acercó á tí y te abrazó... (*con ternura*) ¡como si tuviera temor de troncharte entre sus brazos!... ¡Tu cara se puso más encarná que la mesma panocha!...

SANTA

(*Moviendo la cabeza afirmativamente, con un gesto amargo.*)—¡Ahora puede que José no me abrazara!...

DOLORES

—Qué tonta eres! No pienses así!

SANTA

—Tengo mis motivos pa ello, Dolores. (*Mirando en derredor, temerosa de que alguien más la oiga.*) Por eso es menester que hables con él en seguía y se-

pas su sentir. Estoy penando lo que no te puedes imaginar. Esto de estar entre dos aguas, me tiene muerta!...

(*Dolores la escucha, mirándola compadecida; guardan un instante silencio; luego continúa Santa, con gran pasión.*)

—Antes me quería José... ¡más fijo que esa lus! (*Por la que las alumbró.*) Jamás me ha dicho su querer ni yo le he dicho el mío; pero él y yo estábamos ciertos de ello. ¿Pa qué lo habíamos de decir? ¡Ninguna falta hacía! Si desde pequeñicos, como tú sabes, hemos estao siempre juntos... ¡Si se miraban nuestros ojos tó lo que querían y, lo mesmo que los pajaricos, charlábamos y charlábamos, desde que Dios amanecía hasta que llegaba la noche... ¡Pero tó aquello se acabó! José ya no es el de entonces!

DOLORES

—¡No ha de serlo!

SANTA

—Con el atraso del rento, entraron en mi casa toas las tristezas!... toas!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Insto. 1929 MONTERREY, MEXICO

Comenzó el Mayorajo á venir más amenuo y á fijarse en mí y á soltar palabricas... y José comenzó á mirarme menos... á decirme menos palabras... y á huir de hallarme sola... ¡Yo no sé qué le pasal... Pienso que, con tó y con ello, no ha dejao de quererme... ¡Puede que sean ilusiones más! ¡Me cuesta tanto trabajo pensar otra cosa!...

DOLORES

— Puede que tenga celos del Mayorajo.

SANTA

—¿Y si tiene celos, por qué páece que se pone de parté de él.

DOLORES

— José lo aborrece; eso se conoce á la legua.

SANTA

— Sí que lo aborrece; yo también lo pienso; he visto, muchas veces, relucirle los ojos de rabia, mirando al Mayorajo.

DOLORES

— Pues eso es que te quiere.

SANTA

— Dios mío, y si es así, qué es lo que lleva guardao dentro de su corazón? Es menester que hables con él, Dolores; es menester que sepas tó su sentir y me lo digas.

DOLORES

— No te apures; ha de ser esta misma noche. (*Resueltamente.*)

SANTA

— ¡Dios te lo pagará!

DOLORES

— Vamos, tonta! En cuantico que haya ocasión, entretienes á tu madre por adentro, pa dejarnos á solas, y verás como él me dice lo que le pasa.

SANTA

— ¡Ojalá!